



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

PEDRO DE RÉPIDE
El privilegio.

E. NAVARRO
Hombre prevenido.

RAMÓN ASENSIO MÁS
Cuentos inocentes.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
La vejez de Heliogábalo.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO
En la ribera.

FERNANDO AMADO
In extremis.

FÉLIX RECIO
Nuestras cocotas.

CLEMENTE DE CASTRO
Dónde está la nivelación social.

TOVAR, DEMETRIO, ESTEVANILLO,
CONDE, ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Zazá, Clotilde de Santa Cruz, Antonio de Hoyos y Vincent y otros dibujos.



5 cénts.

ZAZÁ

Cupletista de la «nueva hornada», muy gentil y muy mona.



ANTE UNA VIRGEN HAY

QUE ANDARSE CON CUIDADO, ¡RECARAY!

Checa, pueblo del partido
de Molina de Aragón:

A la santa Religión
de tal modo han ofendido
tus hijas... de confesión,
que has perdido
la opinión

▼ la consideración
en que siempre te he tenido.

Lo que hicieron tus beatas
insensatas;

vamos, no tiene perdón...

¡Recristo con las devotas,
y qué horrendas palabrotas
con la mayor «sans façon»
pronunciaron en el templo!
Ni en las edades remotas
dióse nunca tal ejemplo
de impiedad é irreliación...

Qué manera de faltar
á la Virgen, y qué modo
de sobrar

al cura párroco!... Y todo
porque éste buscó á un infame
pintamonas

(permítame que así le llame),
para «rejuvenecer»

á la Madre del Señor.

¡Que el pintor,
en lugar de embellecer
la imagen, la echó á perder
y la puso que da horror!...

Bien. Pero las beatonas
no se debieron poner
así, pues tal proceder
es impropio de personas
—digo, á mí se me figura—
tan cristianas... ¡Hay que ver!

¡Ofender
á las augustas coronas
de la Virgen y del cura!
¡Darse ahora golpes de pecho,
para después olvidar
la modestia y compostura,

debidas á aquel lugar?...

¡¡No hay derecho!!...

Salvo la comparación,
yo supongo

que la santa confesión
viene á ser como el jabón
de los Príncipes del Congo...

Si éste quita en un momento
la suciedad de la piel,
de la misma forma aquel

sacramento
deja al espíritu fiel
libre de la mancha del
pecado... Por consiguiente,

noblemente,
me permito aconsejar

á todas esas beatas
insensatas

que váyanse á confesar,
pues el que no se arrepiente
va al infierno rectamente,
sin poderlo remediar...

Esté ó no esté en un altar,
toda virgen es sagrada;

y hay que andar
ante ellas con gran cuidado,
porque es muy grave pecado

profanar
el inapreciable don
—tan sensible y delicado—
que tiene una virgen con
su palmito immaculado.

Si así trata
la beata

—por tan baladí cuestión—
á una virgen, ¡á fe mía
que yo no sé lo que haría
tratándose de un pendón!...

Checa, pueblo del partido
de Molina de Aragón:

¡No arrojes al panteón
del «involuntario» olvido
mi sermón,

ya que á nuestra Religión
de tal modo han ofendido
tus hijas... de confesión!

Carlos Mirando

EL PRIVILEGIO

N el vetusto monasterio de Santa Casilda, famoso en toda la comarca, y aun fuera de ella, por la piedad y devoción de sus benitas moradoras, hallábanse las esposas del Señor tan consagradas á los ejercicios del espíritu como cumplía á la mejor práctica de su ministerio, que habían realizado el místico ideal de ir abandonando poco á poco las miserables exigencias y tristes fueros de la carne.

No ya con el paso jamás veloz de las tñmfdas corderi las, que era la marcha que por su carácter las correspondía, sino con la veloz carrera de corceles desenfrenados, avanzaban aquellas mujeres por la senda de la perfección. De tal modo y manera, que cuantas personas habían alcanzado la rara felicidad de cultivar su trato, aseguraban que ya, casi casi, se las perdía de vista.

Mas ¡ay!, que nada existe tan vil y deleznable como la naturaleza humana, que es toda escoria y pudrición, y siempre el enemigo malo hizose fuerte en las flaquezas terrenales, como en seguro baluarte, para dar la batalla á las más seráficas virtudes. El demonio, que debe tomar c. fé muy á menudo, porque no duerme, según afirman quienes por lo visto le tratan con alguna intimidad, estaba muy preocupado con la conducta virtuosa de tan piadosas mujeres, y comprendiendo que le había caído que hacer, dejó de matar moscas con el rabo, operación á que se dedica cuando no tiene cosa mejor en que ocuparse, según dicen también aquellas de sus relaciones que le visitan con frecuencia.

Y consagróse por completo á turbar la paz que reinaba en el monasterio de Santa Casilda. Bastóle para la consecución de su pícaro fin acudir á la alianza con su hija la Voluptuosidad, que tan admirablemente le solía servir en cuantas ocasiones necesitó de su concurso, y en verdad que en esta sazón, como en todas, cumplió á maravilla su cometido, pues con sólo pasar por la huerta del convento, llevó la disipación al espíritu de las habitantes del cenobio.

La madre abadesa, Sor Filotea de la Transverberación, se hallaba consternada ante aquel cambio verificado en el ánimo de la comunidad, y agotaba todos los recursos de su ingenio, que no era mucho, para calmar la extraña agitación que se había apoderado de sus compañeras de clausura y que

las hacía estar fuera de sí continuamente.

Después de haber desechado varios proyectos para proceder á la curación de sus hermanas, decidióse á contárselo al Nuncio, para que pusiese el caso en conocimiento del Sumo Pontífice, esperando de su alta sabiduría la solución de aquel conflicto que



—Hija, eso es ponerse la cola de un gallo en la cabeza.

—A'go es algo. En algún sitio he de ponerme'a.

amenazaba terminar con el sosiego de la comunidad.

No se hizo esperar largo tiempo la respuesta. El suficiente para que pudiera llegar desde Roma hasta el pueblo, en cuyas inmediaciones se hallaba situado el monasterio, un legado pontificio portador de las instrucciones para la aplicación de cierto privilegio que, en atención á lo especial de las circuns-

tas, habíase concedido á las monjas de Santa Casilda.

Pero he aquí lo grave de la cuestión. La manera de aplicar el privilegio, que no podía recaer más que en dos de las muchas religiosas del convento. Así, Sor Filotea, la abadesa, reunió la comunidad en capítulo para manifestar lo que ocurría.

Acudieron todas las monjas, que eran muy remilgadas, y no descomponían nunca su rostro, manteniéndole en un continuo gesto de dengue y de monada. Con el aire tímido



—Chico, no te enfades; pero me parece que he visto á tu mujer con otro.

—No es otro; es el de siempre.

y los ojos bajos fueron penetrando lentamente en la sala capitular, donde había de serla notificada la decisión superior. Y todas, con el mismo continente modesto y ejemplar, sin componerse ni alterarse esperaron las palabras abaciales.

—Es el caso, amadas hermanas mías—comenzó diciendo Sor Filotea—, que por la suprema bondad se nos ha concedido un privilegio especialísimo. Hay un permiso para que una de nosotras pueda á solas platicar una vez con un varón.

Las compañeras de Sor Filotea seguan es-

cuchando sin variar la seriedad de su aspecto.

—Y este privilegio—prosiguió la abadesa—será para aquella de las hermanas cuya boca sea más pequeña.

Y como por encanto, todas las oyentes se levantaron, frunciendo hasta el ridículo sus labios y exclamando como podían á través del brevísimo orificio:

—¿Sirvo yo, madre abadesa? ¿Sirvo yo?

Esperó la prelada á que se callaran y sentaran, como lo hicieron, conservando la boquita concusida. E entonces continuó:

—Pero el privilegio tiene una segunda parte. Y es que podrá disfrutar la misma plática dos veces aquella cuya boca sea la bocaza más descomunal y fea.

Y como por nuevo encanto, todas aquellas boquitas tan chiquititas y fruncidas se abrieron y dilataron como enormes buzones, y vociferaban enseñando hasta la campanilla de la garganta:

—¿Sirvo yo, madre abadesa? ¿Sirvo yo?

Pedro de Répide.

HOMBRE PREVENIDO...

—Ha dado á luz doña Inés, la esposa de Cuzcurrita.

—¿Es de veras?... ¿Niña ó niño?

—Creo que ha sido una chiquilla.

—¿Y cuándo?

—Anoche.

—¡Hola! ¡Hola!...

—¿La madre, buena?

—Buenísima.

Como su doncella.

—¿Qué?

—Que su doncella Casilda dió á luz anteyer.

—¿También?

¡Canario! Todo se explica...

¡Vaya un hombre previsor!

—¿Cómo previsor?

—¿No atina?

Sabiendo que su señora necesitaba nodriza...

—¡No siga usted... es verdad!

¡El demonio es Cuzcurrita!

E. Navarro.

CUENTOS INOCENTES

EL VALS DE LAS OLAS

I

ACABABA de tomar asiento en un sillón de su despacho el bueno del doctor Ansúrez y hojeaba, entre perezoso y distraído, una Revista profesional, cuando oyó sonar un timbre á lo lejos y vió entrar, poco

después, á su ayuda de cámara, que le dijo presentándole una tarjeta:

—Este caballero, que desea ver al señor para un asunto urgente.

Cogió el doctor la cartulina y, al través de las gafas, leyó con cierto asombro: «Casto Le cumberry, suscriptor de *El Liberal*».

Tan perplejo bubo de que dándose vueltas y más vueltas á la tarjeta entre sus dedos, que fué preciso que el criado le sacase de su abstracción:

—Señor, que está esperando... ¿Qué le digo?

—¡Ah, si, es verdad!... Dile que pase.

Inclinóse el ayuda de cámara y salió rápidamente, como si tuviera prisa por cumplir la orden. Ansúrez, entre tanto, se puso en pie, metióse ambas manos en los bolsillos

del pantalón y aguardó con impaciencia la visita de quien de tan extraño modo se anunciaba.

II

Era un sujeto como de treinta y cinco años, moreno, de buena estatura, de aspecto saludable y fuerte, que vestía con elegante sencillez y parecía muy satisfecho de sí mismo y muy cuidadoso de su barba rizada y negra. Al entrar, inclinóse con diplomática

UNA NOTICIA INTIMA



—¿Pero qué te pasa? Yo que esperaba que te pondrías tan contento y ahora resultas que te quedas así.

—¡Como que me has dejado completamente desarmado!

corrección y dijo luego, estrechando la mano que Ansúrez le tendía:

—Tengo un verdadero placer...

Sentáronse. El doctor, sacando una pitillera, ofreció un cigarro, y cuando hubieron encendido se aventuró por fin á preguntar:

—¿Viene usted á consultarme algo relacionado con mi profesión?



—Fillita, estoy por decirle á usted una brutalidad muy gorda.

—¿Nada mas que decirme la?

Sonrió levemente el suscriptor de *El Liberal* y acomodándose en el amplio sillón exclamó entre confidencial y presuntuoso:

—Si he de ser franco, no lo sé. Mejor dicho, ignoro si estoy enfermo porque no siento ningún trastorno físico que me lo indique y, sin embargo, vengo á verle á usted porque, indudablemente, necesito someterme á un plan.

—No lo entiendo. ¿Si no nota usted nada extraño!...

—Nada, á excepción de una cosa que me preocupa extraordinariamente.

—¿Qué es? Veamos.

—Que no puedo oír con tranquilidad el *Vals de las olas*.

Y como notase que el doctor le contemplaba con asombro, continuó:

—Yo soy hombre de un temperamento extraño, mezcla de castidad y sensualismo. En circunstancias normales, soy incapaz de faltar al respeto á una señora; pero como oiga sonar, cerca ó lejos, el *Vals de las olas*, no sé lo que pasa por mí que hierve mi sangre, las piernas me tiemblan, una fiebre lujuriosa se apodera de todo mi ser y soy capaz, en aquel

momento, de cometer las mayores atrocidades. Oiga usted un terrible episodio de mi vida y comprenderá hasta qué punto necesito que usted me someta á un plan de curación enérgico y rápido.

Enmudeció un instante, sacudió la ceniza del pitillo y siguió hablando del modo siguiente:

—Durante el último verano, conocí á una muchacha encantadora que, por primera vez en mi vida, me hizo pensar seriamente en el matrimonio. Simpatizamos; la pedí relaciones, hablé con sus padres, y poco después quedaba acordada la boda para fines de invierno y era yo la persona de confianza en aquella casa.

—A 'elante.

—Mi novia era bonita como un sol, buena como un angel, inocente como una paloma y por nada de este mundo me hubiera permitido con ella ni el más ligero atrevimiento. Desgraciadamente, la fatalidad se interpuso, y una tarde, estando ambos á solas en el gabinete, llegaron á mis oídos los primeros acordes de una pieza que mi futura cuñada tocaba al piano en la habitación inmediata. ¡Era el vals, el endiablado *Vals de las olas*!... Como si me hubieran aplicado una corriente eléctrica, me puse en pie, traté de marcharme; pero el maldito vals seguía sonando cada vez más armonioso, más inten-

PIROPEANDO



—¿L'ace á usted falta un asecretario pa soltarla los broches del corsé?

so... No pude contenerme, y cogiendo a la...
vilo, la... y...
lang... y... ¡ya puede usted figurarse el resultado!

—¡Qué barbaridad!

—De las más gordas, sí, señor. Salí avergonzado, indignado conmigo mismo y estuve tres días sin volver por aquella casa; pero recibí una carta en que mi pobre novia me lo perdonaba todo, y yo, más tranquilo, fui á verla, pensando el medio de que me valdría para apresurar la boda, por lo que pudiese tronar.

—¡Bien hecho!—añadió el doctor.—Por supuesto, la entrevista sería escabrosa...

—No llegó á verificarse—contestó con amargura Lecumberry. —Estaba de Dios que la desgracia había de perseguirme, y cuando llegué á casa de mi novia resultó que había salido de compras con su madre y me recibió Margarita, mi futura cuñada, causa involuntaria de la catástrofe. Pasamos al gabinete de marras, me senté á su lado y nos pusimos á charlar de cosas indiferentes. Cafa la tarde, comenzaba la habitación á poblarse de sombras, y yo, encantado por la arrogancia de su figura y la pureza de líneas de su garganta, cuando de pronto una orquesta ambulante comenzó á tocar en la calle el maldito vals... Por si no bastaba con la música, una voz varonil y fresca entonaba la letra al mismo tiempo: —*Olas que al llegar...*

—¿Es posible?—interrumpióle Ansúrez asombradísimo.

—Como usted lo oye. Quise resistirme, escapar, huir de aquel sitio; pero la hora, la ocasión y el poder magnético del vals, colaboraban en contra mía. No pude contenerme, y desatentado, ciego, me miró sobre Margarita, y me dije...
repetí con la escena que había tenido con la hermana.

—¡Jesús!

—¿Qué iba á hacer?—exclamó el feroz Lecumberry despréndese de una pausa.—A consecuencia de este nuevo disparate estuve sin salir de mi casa ocho días; los remordimientos me atormentaban y no me sentía con el valor necesario para arrostrar las consecuencias de mi delito... Por fin, una mañana llamaron á mi puerta. Era mi futura suegra que, sorprendida y alarmada por mi ausencia y sabiendo que vivía solo, vino á verme por si me encontraba enfermo. Aquello me tranquilizó. Comprendí que mi hazaña no se había descubierto aún y recibí atrevidamente á mi mamá política que, dicho sea en

confianza, era una espléndida jamaica, fresca y apetecible, á quien su marido seguía adorando como en los primeros meses de matrimonio. Charlamos durante media hora, y ya se había puesto en pie para marcharse, cuando, de repente, sentí que un sudor helado me invadía y que un temblor extraño se apoderaba de mi ser... Era que bajo mis bal-



—¿Qué es de la Marichu, que no la veo por ningún lado?

—¡Y que va á hacer la pobrecita, si desde que se ha casado, su marido no la saca más que de día!

cones se había detenido un organillo y tocaba... ¿Qué irá usted que tocaba?... ¡El vals de las olas!...

—¡Horror!...

—Miré á la puerta, miré á mi suegra en ciernes, que... y...
mente á cogir el vals... la acé en...
no se fuera una pluma y corrió...
la... ¿Se asustó? No lo sé. Únicamente puedo decir que la lucha fué tan corta, tan débil que á los primeros segundos, me...
tregó en silencio, sin una protesta, sin un grito... Y...
egred...
Ha llamado el...
dos más...
SINETRU

y yo, extrañado nuevamente, tuve que repetir el juego, sin que ella, ni por fórmula, con un estallido de risa me contestara.

Hubo un silencio trágico que Ansúrez cortó a los pocos momentos.

—Tiene usted razón; debe ponerse en cura cuanto antes.

Lecumberry la miró con argucia:

—Pero, ¿qué hago? ¿Qué régimen sigo?

(Reflexionó el doctor y durante unos mi-



Demetrio

El tenorio.—¿A qué he adivinado que ahora tomara usted algo que esté fresco?

Una de ellas.—¡Pues es precisamente todo lo contrario!

minutos volvió a quedar en silencio el despacho. Lejos, muy lejos, sonaba una pianola. Por fin, habló Ansúrez:

—Se impone un régimen de alimentación especial, mucho ejercicio, vida de campo...

Se detuvo. La pianola sonaba con mayores bríos y hasta el despacho llegaban, claros y distintos, los ecos de una composición

musical que el doctor creía reconocer... Lecumberry también la oyó, y dando un grito se puso en pie de un salto:

—Ah!... ¡El vals de las olas!...

—¡Caracoles!...

Corrió Ansúrez a un extremo de la habitación, y oprimiendo el timbre comenzó a llamar desesperadamente. Lecumberry, demudado, livido, avanzó dando señales de gran excitación nerviosa y gritando con ronco acento:

—Es horrible, ¡espantoso!... ¡Me persigue hasta aquí!... ¿Qué hago, doctor? ¿Qué medidas tomo?

Pero el doctor, que había pegado las espaldas a la pared y se apretaba contra el tabique, le replicó sin desconcertarse:

—¡Tome usted las medidas que quiera, que yo, por mi parte, ya he tomado las más!

Ramón Asensio Más.



ENMIENDAS A LA EPISTOLA

Todo lo más que un marido podrá exigir a su mujer, es hallarla dispuesta en el momento que la necesite.



UN LIBRO DE HOYOS

Antonio de Hoyos, que además de ser un gran literato, es un espíritu culto y refinado, acaba de publicar una novela. Se titula *La vejez de Hellogábal* y es una maravilla de observación y realidad. Novela de cocotas y aristócratas y celestinas y golfos y ladrones: novela alegre y triste y noole y canalla, tal como es la vida...

Hoyos ha tenido un atrevimiento muy simpático al dedicarla. Dice:

«A las adúlteras, a los descalificados, a los cobardes, a los desertores, a los vencidos, a los fracasados, a todos los que vieron hundirse para siempre sus sueños de gloria en el abismo de las pasiones, dedico estas páginas de tristeza, de crueldad y de sarcasmo.»

Estas líneas, y el fragmento que publicamos, dan idea de la nueva novela de Hoyos. Si su autor no estuviera ya reconocido como novelista de los mejores, este libro le consagraría.

LA VEJEZ DE HELIOGABALO

L señor Helio Gabalo sentíase aturdimiento ante la inacabable charla de aquella nueva adradora, y mirando por su juego de miradas y sonrisas, la escuchaba vagamente sin prestar atención á sus palabras. Pero sus ojos tropezaron con los de la fanfubria que, como dos escaldas, se clavaban en la rival, y comprendió que estaba celosa. Entonces comenzó á su vez un juego de sonrisas y buenas palabras con su adradora que, encantada creyendo próximo el éxito que le coronaría su empresa, redoblaba sus esfuerzos.

Katty se puso en pie:

—Yo me voy. ¿Me acompaña usted, conde?

Si voz era fría, decidida. Sus pupilas de sombra clavábanse en el señor Helio Gabalo con una promesa resuelta de claudicación.

Alzóse él de su sitio y, arochándose el abrigo, ofreció:

—S; voy con usted.

Y tras algunas despedidas salieron, seguidos de doña Galatea, dejando á la Chamorro presa de sorda exasperación.

Ya en la calle dieron algunos pasos, y Katty se detuvo.

—¿Pero has visto que pécora! —murmuró con concentrada ira, encarándose con su celestina.

—¡Val! ¡y! ¡Qué tía gorrinal!

—¡Puerca! ¡Más que puerca! ¡Ladronal! ¡Hija de mala madre! —clamó irritada la cómica.

La duñña coreó á su señor:

—¡Perral! ¡Perrona, que anda detrás de los hombres como si no le bastase el grandísimo... del... angol!

—¡Ay! ¡Si estoy volada! ¡Se me pasaban ganas de arrancarle el

cochín marrón, que no es suya más que por que se lo ha comprado la ovidora. —Luego, para disimular ante Claudio su ira y borrar la mala impresión de aquel pronto, es que había dejado aomar á los labios parte del fango que atesoraba en su pecho, murmuró:

—Perdona; pero es que te quiero y no puedo ver que esa majerzuela te ponga los puñtos.

En la obscuridad de la noche, una sonrisa de ironía amarga crispó los labios del señor Helio Gabalo. ¡Bah! ¡Qué le importaba! En su peregrinación por la vida había buceado en demasiadas almas para asustirse ante un poco de fango. Símba que él no era sino una presa, un cadáver que se disipaban las hienas. Así y todo, la deseaba, la deseaba rabiosamente.

Ella se encaró con su amiga:

—Bueno, vete. Yo me quedo con el conde.

Claudio interrogó:

—¿Dónde vamos? ¿A tu casa?

—A mi casa! —rió ella. —Mi casa es una casa de nuéspedes infecta, con paredes de papel que dejan oír todo.

—Es que á la mfa...

—Ya sé; no hace falta que lo digas. Tu casa es demasiado.

Creyó leer cierta ironía rabiosa en las palabras de la cómica, é iba á rectificar, pero ella no le dejó.

—Yo conozco una aqual o rca —atajó Katty. —No es muy limpia ni muy elegante; pero á lo que vamos...

¡Ah! que vamos! Le placía en aquella criatura el flo cinismo, la desgarrada crueldad con que trataba ciertas cosas, la ausencia de falsos sentimentalismos que intentasen ve-



ANTONIO DE HOYOS

lar la crudeza del deseo. Estaba demasiado harto de que en las alcobas de mancebía le contasen historias románticas, truculentos dramas, desgracias implacables. Las flores de candor caídas en el fango, que después de

nía que llamar al cetáceo con falda y blusa que hacía veces de hermana tornera. Si no vieja, avejentada, gorda, fofa, enorme, con pechos que colgaban apenas sostenidos por liviana blusa de perca, que abierta ahora dejaba ver cosas que el pudor aconseja velar, estaba, eso sí, muy repeinada, y aunque el sueño había hecho estragos en el artístico edificio capilar, aún conservaba éste la altiva belleza de las ruinas clásicas. Al ver á la Sinchez, el mastodonte, puesto en jirras, prorrumpió en grandes extremos de asombro:

— ¡Jesús, y qué horas! ¡Hija, ni que!

Calló porque acababa de percibir á Claudio. ¡Cristo, y qué tío más el-gante traía la buena pieza de la cómica! ¿Dónde pescaría ella?... ¡Ya! ¡ya! Gancho necesitaba aquel carcamall...

Un conflicto realmente peliagudo acababa de turbar su conciencia: ¿y á dónde les colocaba? Porque la prójima estaba bien en cualquier parte para la gente que solía llevar; pero él...

Lo peor era que las dos alcobas mejores estaban ocupadas.

.....
Antonio de Hoyos y Vincent



EN LA RIBERA

Me quemaba tu aliento.

Me pediste la vida.

La escancie tremulento
al fondo de una herida.

Se erredó entre espadañas
tu cabellera bruna.

Y, bajo tus pestiñas,
se eclipsaba la Luna.

Precipitadamente
te bañaste en el río...

¡Flotar en la corriente
vi todo el amor mío!

Rafael López de Haro.



— ¡Y para esto me he pasado yo la noche en vela!

llorar la pérdida pureza acababan pidiéndole diez duros, le aburrían.

Caminaron por los callejones silenciosos, envueltos en medioeval prestigio por la evocadora caricia de la luna.

Al fin, en una calle en cuesta, empedrada de imposibles guijarros, se detuvo ante una casa de miserable aspecto y llamó al sereno.

El hombre del chuzo encendió una larga cerilla, entregándosela á la mujer; miró cuidadosamente al elegante caballero que tales lugares frecuentaba, y alejóse calle abajo.

En la obscuridad esperaron largo rato.

— Estará durmiendo ya la Sinfoniana — murmuró la histriónisa, y volvió á tirar de la campanilla. Ahora se oyeron al otro lado de la puerta pesados pasos, como de una persona que anda en chanquetas; descorrióse la mirilla, y una voz malhumorada preguntó:

— ¿Quién va?

— Yo.

Oyóse ruido de cerrojos, abrióse la puerta y en el dintel apareció, alumbrada por la temblorosa claridad de una vela, una mujer. He dicho mujer, porque de algún modo te-

IN EXTREMIS



OS tres médicos pusieron fin á la consulta con la afirmación unánime y categórica de que la enferma moriría aquella misma noche.

El de cabecera tomó á su cargo la triste misión de decirselo á Julio, al pobre esposo, que recibió la noticia con serenidad aparente, mientras en su interior se desencajaba una tempestad de sollozos. Después, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, penetró en la alcoba de la moribunda tembloroso y febril.

Llegó hasta el lecho titubeando y como si temiera que la vida hubiese abandonado ya aquel cuerpo que tantas veces se estrechó de parecer entre sus brazos.

La luz de una lamparilla, parpadeando sobre el vaso de porcelana, iluminaba la habitación con resplandores oscilantes de cinematógrafo.

—¿Julio?...

—¡Gloria de mi alma!

—¿Cómo has tardado?... Te esperaba... Hubiera querido saltar del lecho para buscarte, caer á tus plantas y merecer que el último beso de mis labios pecadores hubiera sellado tus pies...

—¡Por Dios, Gloria!...

—Sí, Julio: cuando topas las fuerzas y todas las energías se han agotado en mí, parece como que una fuerza nueva me da alientos para confesarme con tígo antes de morir

y hacerme creadora á la humillación de tu desprecio ó al gran consuelo de tu perdón.

—¡Gloria!...

—Pero no, no me perdones; tu fuiste bueno; yo he sido infame...

—¿Bueno yo?... ¿Yo que tuve para tí desvíos injustificados? ¿Yo que, una vez dueño de tu corazón, di al olvido de tus caricias, para caer en brazos de otras mujeres?



—Pues no lo entiendo. Porque si no es tu primo, ¿qué te toca?

—¡Ay, hija, qué curiosa eres!

Y mientras Julio hablaba arrodillado junto al lecho, de los ojos hundidos de la moribunda manaban dos regueros de lágrimas.

—¡Basta, por Dios!—murmuró.—No aumentes mis sufrimientos con tus disculpas. Ven... más cerca... pon tu oído en mis labios... quiero que este secreto vaya directamente de mi corazón al tuyo, sin que lo profane ni el aire que nos rodea... Ven... oye...

Julio obedeció. Fué un instante que tuvo la abrumadora duración de un siglo.

Las palabras de Gloria, deslizándose incoherentes por los oídos del desdichado Ju-

llo, llegaron, efectivamente, hasta su corazón, cayendo sobre él como gotas hirvientes de metal derretido. Después lloró, lloró mucho; en el silencio de la habitación resonaban sus sollozos profundos...

—Julio... ¡me perdonas?

Y él seguía sollozando desconsolado, con los ojos llenos de lágrimas.

—Perdónamel

—Julio la miraba inconscientemente, obsesionado por una idea que saltaba en su cerebro, como pájaro enjaulado...

—¡Me muero... ¡Me muero sin que me perdones!...



—Te acuerdas, hace veinte años, lo que gozábamos antes de llegar a nuestra casa de campo.

—Pues ahora ni después de haber llegado.

—No, no —exclamó Julio en un raptó de compasión sobre sí—. No quiero que mueras bajo el peso de ese dolor; yo tuve la culpa de todo... Justo es que sufra. ¡Te perdono!

Y se confundieron en un abrazo sincero y dulcísimo.

—Dime siquiera cuál es de los cuatro; no para odiarle... ¡pobre ser inocente, sino para que la duda no me atormenta cuando mi visita amorosa caiga sobre sus cabecitas rubias...

—¡Julio, por Dios!

—¡Dímelo... Pero no; no me lo digas. ¿Para qué, si yo mismo cebo comprendo lo al recordar mi conducta durante estos últimos años?... ¡Pobre Carlitos! ¡El más pequeño!... ¡Ese es!...

—¡No, Julio, no!...

—¿Qué dices? ¡Es imposible!... ¿No es el más pequeño!...

Y aquella pobre pecadora agonizante plegó sus labios con sonrisa amarga, y cerró los ojos para siempre murmurando:

—No, el más pequeño, no... ¡El mayor!...

En tanto que la luz de la lamparilla, parpadeando en un vaso de porcelana, iluminaba la habitación con resplandores socilantes de cinematógrafo...

Fernando Amado.

SUCEDIDOS...

Carmencita N., con sus cabellos dorados como un crepúsculo de oro, su cintura gentil y sus ojos de terciopelo, que recuerdan los de la maja de Goya, es una de las mujeres más encantadoras de Madrid.

Todas las semanas invita á comer con ella á su sobrinita Lucía, una muñeca de quince años que trabaja en un taller de modista.

El sábado último apareció la niña en casa de su tía roja de indignación, refiriendo con voz alterada que á la salida del taller había sido abordada por un viejo, el cual la acompañó largo rato, hablándola con apasionado elogio de su bonita cara y de sus delicadas formas y haciéndola una porción de proposiciones, casi todas deshonestas. La muchacha rompió á reír al principio, y aceleró el paso para desembarazarse de aquel carcamal; pero éste forzó la máquina, ó sean las piernas, y continuó encarnizadamente la persecución, repitiendo sus proposiciones y murmurando una música dulce, en la que se deslizaba de vez en cuando la sugestiva palabra «pesetas».

Molestada por aquella insistencia, Lucía se detuvo, envolvió á su perseguidor en una mirada furiosa y le llamó en alta voz chino y sinvergüenza.

Paráronse también varios transeuntes, y el viejo desapareció mientras la sobrina de Carmencita proseguía su camino.

Cuando acabó el relato díjole la tía:

—Me parece muy bien lo que has hecho, pero en tu lugar le hubiera aceptado los veinte duros que te ofrecía, por lo pronto... Tratándose de un viejo no se arriesga nada, en estos negocios.

NUESTRAS COCOTAS

CLOTILDE SANTA CRUZ



LOTILDE Santa Cruz, una muchacha morrieta, fuerte y enlutada, que habrán ustedes visto, el que menos por esas calles, es una desnuocable que vale por muchas virtudes...

Yo la conocí hace varios meses en casa de una amiguita mía que vive en la calle de Vergara, y aunque Clotilde y yo no habíamos hablado nunca seriamente y tampoco me había dicho nadie nada de su historia, yo me la figuraba, como es, una mujer extraordinaria... Está ella en sus ojos negros y en sus labios rojos y en sus manos blancas y en sus maneras...

Hace pocas noches, después de haber cenado en la «Viña P» con Lezama, Manolo Tovar y Eusebio Fuentes, los cuatro solitos y formales, yo cruzaba sin rumbo la Puerta del Sol, cuando Clotilde Santa Cruz pasaba en un coche de punto en dirección á la calle del Arenal.

Al verme hizo parar el coche. Hablamos un instante y me invitó á que la acompañase á la Bombilla. Allí fuimos... Y ya en casa de Juan, tomando unas copas de sidra, mientras contemplábamos el baile y la confusión de las parejas, nos pusimos á hablar «transcendentes».

¡Clotilde Santa Cruz!... He aquí una pecadora honrada, noble, buena... Su historia no es, no debería recogerse en un artículo; es una novela, un libro extenso, que debería obligarse á leer y aprender á todas las mujeres.

Clotilde nació en un pueblecito de Navarra y en él vivió hasta los nueve años, en que la profesión de médico de su padre obligó á la familia á trasladarse á Pamplona.

Para Clotilde este recuerdo es

muy confuso... Sabe sólo que muy niña aún, cuando ella no podía darse cuenta de la finalidad de aquello, fué novia y comenzó á querer «en su vida entera» á un chico poco mayor que ella, hijo de una familia amiga de la suya... Tráen currieron los años, y los chicos crecieron. Murió la madre de Clotilde; un hermano suyo, su único hermano, á consecuencia de un tumor blanco en una cadera, quedó inutilizado... El padre de Clotilde enfermó de la vista; trabajaba, sin lograr los rendimientos que buscaba; sin embargo, vivían.

Juzgó, el novio de Clotilde, ya un muchachote de dieciocho años, fuerte y noble, estudioso, estudiaba «para Correos», pensando en obtener plaza en «las primeras» y en poder casarse algún día...

Pasaron otros tres años. La situación era espantosa para Clotilde. Su padre estaba ciego, y lo mismo que su hermano paraltico, no podía ganar nada y necesitaba, en cambio, de todos los cuidados... Juan, su novio, acababa de conseguir plaza en Correos con 5.000 reales anuales, y quería casarse...

Es preciso ofrselo referir á Clotilde, porque el gesto de su cara hermosa y sus ojos tristes y llorosos dicen lo que no dicen las palabras... Qué de dramas! Qué de confusiones! Sobre todo y antes que todo tenía que sostener y atender á su padre y hermano... ¿Se casaba? Quería con él...

se habría dejado matar por él cien veces... Pero ¿iba á casarse para sacrificarle, para hacerle atender con su sueldo insignificante, de menos aún de veinte duros, á su padre y su hermano, á ella, á su casa, á todo?

Clotilde — yo quisiera que leyese esto alguna burguesita amiga mía — «se daba cuenta» de la filología, vulgarote, pero verdadera, de ese adagio



CLOTILDE SANTA CRUZ

que dice: «Donde no hay harina, e'c...» Se figuraba que, sin dejar de quererla, Juan llegaría un día en que maldijese de su padre y su hermano... y aún de ella. Y su cabecita consciente daba vueltas y se veía buscando lo que faltaba en casa, á costa del honor de todos...

Fueron aquellos unos días horriblos para Clotilde. No tenía á quién consultar; no sabía qué hacer... Al fin, una noche, brusca y decidida, procurando contener las lágrimas, dijo á Juan que no le quería, que le había mentado, que se fuera...

Y al día siguiente, resuelta á que su padre y su hermano vivieran, tapada, soñó-

jer que pasa por la vida considerada por muchos como una desnudable vulgar. Y que, sin embargo, tiene una historia que yo brindo á la atención de muchas casadas y de todas las solteras.

Félix Recio

EL DISIMULO

Es el arma más temible, y, según dijo Plutarco, la de que hacen más uso las mujeres.

Cualquiera hombre medianamente experimentado sabe que en disimular son maestras las mujeres.

Así, no es extraño que se aconseje al sexo feo, cada vez que hable con una mujer, una gran prudencia, y, sobre todo, un poquito de mala intención.

Así como se ha dicho, en sentido de hiperbólica ironía, que la palabra fué dada al ser humano para disfrazar el pensamiento, así de la mujer puede decirse, sin exageración, que se le ha dado una cara más ó menos hermosa para que le sirva de máscara con que disfrazar sus sentimientos siempre que quiera.

En asuntos de amor, sobre todo, la habilidad del disimulo en el bello sexo llega al summum de las habilidades.

Por eso la mujer es un problema que no han logrado resolver ni los fisiólogos, ni los psicólogos, ni los filósofos, ni los sociólogos, ni ninguno de esos caballeros dedicados á hacer estudios é investigaciones que á la postre no le sirven de nada á la humanidad.



—¡Canalla! ¿Qué hace usted aquí?

—Pues... buscar mi americana que se me ha perdido.

jada, hizo una visi'a que la avergonzaba...

Días después, con la protección de un prócer senador, se trasladó á Madrid con los suyos...

Y aquí vive con ellos, y cediendo por ellos á lo que la repugna.



¡Clotilde Santa Cruz!... He aquí una mu-

DÓNDE ESTA LA NIVELACIÓN SOCIAL

A Fortuna, más burlona que Aristófanes, más cínica que Rabelais y más escéptica que Schopenhauer, abrió días atrás el saco inagotable de sus donaires y caprichos, diciendo:

— ¡Allá va «eso»!

Y «eso» es un nuevo matiz ó variación practicada sobre el campo, siempre explotable, de las inconsecuencias humanas.

Julio R., un periodista de los buenos, muy joven y muy simpático, agobiado por el calor que nos brinda Madrid, decidió días pasados irse con su sirviente Rafael, un asturiano noblote y bruto, á pasar una temporada en un pueblito de la provincia de Toledo, cerca de Torrijos. Y allí está.

AL VOLVER DEL TEATRO...



—Pero, hombre; todas las noches te pasa lo mismo con la llave; nunca aciertas á meterla.

Una tarde, poco antes de cenar, mi amigo, que es soltero y tiene preso el corazón en apretada red de amores, había comenzado á escribir á Lolita B., su muy amada, una carta donde relampagueaban, juntos y revueltos en viril confusión, los apetitos carnales más rotundos y el más retórico y empinado romanticismo. Yo, que he leído esta carta, apostaría la nuez á que la musa de mi amigo se hallaba perpleja y atascada entre dos párrafos, cuando una ma-

EL 4 DE JULIO APARECERÁ

EL LIBRO POPULAR

(Editado por la Empresa de «La Hoja de Parra»)

QUE PUBLICARÁ EN CADA NÚMERO UNA NOVELA COMPLETA Y RIGUROSAMENTE INÉDITA, ILUSTRADA
32 páginas en papel couché: 20 céntimos

EN EL PRIMER NÚMERO:

INFANTICIDA

por JOAQUÍN DICENTA

EN EL SEGUNDO

EN LAS CAVERNAS

por la CONDESA DE PARDO BAZÁN

EN EL TERCERO:

EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

por PEDRO DE REPIDE

Y EN EL CUARTO

LA HOJA DE LA CAIDA

por ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Seguirán en el primer trimestre originales de los Sres. José Nakens, Tomás Luceño, Juan Pérez Zúñiga, Alberto Insúa, Luis Morote, Eugenio Sellés, Antonio Cortón, «Don Modesto», Eduardo Zamacois, Antonio Viérgol, Felipe Trigo, «Colombino», Antonio Zozaya, Carlos Miranda y «El Duende la Colegiata».

SIN EXCEPCIÓN

No se admitirá original que no se haya solicitado

no femenina llamó con suaves golpecitos á la puerta de la habitación.

—¡Adelante!—exclamó Julito, volviendo la cabeza.

Era Eufrasia, la hija menor del tío Hermenegido, su hostelero; una mozoleta de diecisiete años, rellena por todos lados de carne dura y apetecible; los ojos inocentes y grandes, cobrizas las mejillas, los labios alegres y rojos: bajo la blusilla de percal que ceñía su busto macizo, temblaban los senos puntiagudos; las caderas robustas pintaban en el estrecho refajo de franela curvas picantes, que atraían al sensual deseo desde muy lejos... Julio añadió complacido:

—Hola, ¿con que eres tú?

—Yo misma; el señorito me dijo esta mañana que viniese, y aquí estoy.

—Me alegro; acércate; veo que eres moza de palabra.

Ella se aproximó lentamente, mirando á todas partes, con los ojos fiscalizadores de las mujeres hacendosas que no pueden ver nada fuera de su sitio. Con su delantal había limpiado rápidamente su libro, manchado de ceniza, y de un rodillazo cerró la gaveta entreabierta de una cómoda; luego permaneció inmóvil, los puños apoyados sobre los cuadriles... Julito (lo sé yo de buena tinta) codiciaba la rústica guapeza de la muchacha, y se lo había demostrado reiteradas veces con furtivos sobajeos y pellizcos. Ella, inconsciente ó viciosa, se dejaba... Al cabo, Julito pudo sorprender la ocasión de citarla en su habitación y á una hora en que seguramente nadie vendría á molestarles, y allí la tenía provocativa y curiosa, llamándole sin hablar, dándose en silencio, Julito acercóse á Eufrasia, y cogiéndola por el talle:

—Mírame á los ojos—dijo. Ella obedeció.

—¿Te gusto?... ¿Me quieres?

—¡Bah, qué cosas dice: quererle! Yo no puedo quererle á usted, señorito; usted es un señorito muy rico y muy guapo en quien una pobre mujer como yo no debe poner el pensamiento.

Tan discretas razones sólo servían para enardecer á Julito, en quien quizá, por un fenómeno atávico muy explicable, vibraron momentáneamente los instintos sadistas de los antiguos señores de pendón y caldero. Por otra parte, la vida casta del campo y la ausencia de Lolita B. le traían soliviantado y muy puesto en el aerrumbadero del mal. Rápidamente Julito se olvidó de todos los peligros y no supo lo que hizo...

En momento tan decisivo, la silueta recia y colorada de Rafael apareció bajo el marco de la puerta.

—El señor—dijo—puede cenar cuando guste.

Julio dió media vuelta avergonzado, conteniendo un juramento. ¿Qué pensaría de él aquel perillán al verle abrazando apasionadamente á una moza mal vestida y plebeya? ¿Acaso no era esto para él, cortejador impetuoso de señoritas aristocráticas y de pecadoras de alto fuste, una claudicación ridícula, un paso imprudente hacia la nivelación social?..

Gravemente, queriendo corregir lo hecho y antes de que su criado se marchase, Julio exclamó dirigiéndose á Eufrasia:

—Bueno, váyase usted; mañana podrá usted recoger mi ropa...

Ella se fué comprendiendo que su presencia allí ya era inútil. Al verse solo Julio, renegando, volvió á sentarse para concluir la interrumpida carta, queriendo desahogar así los fieros deseos que le atormentaban.

Yo he leído esta carta, una carta admirable, llena de poesía y de amor juveniles. Lolita B., que ignora lo arriba escrito, creyendo ser ella quien la inspiró, piensa guardarla en cuadro con marco de oro...

Harás mal, Lolita: es que el corazón le tenéis todas en el mismo sitio... y casi igual.

Clemente de Castro.

ESTABLECIMIENTO WIF. DE EL LIBRARI

LA HOJA DE PARRA

● REVISTA FFSTIVA ●

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.—NÚMERO ATRASADO: DIEZ CÉNTIMOS.